

Habr  sin duda quien eche en falta en este estudio no haber ido más allá de esa óptica político-formal y desde luego académica sobre la democracia y no profundizar en la cuestión —aún más difícilmente mensurable— de su «calidad», donde acaso se encuentre el alcance real de las «políticas hacia el pasado». También los habrá que hagan notar la carencia de una perspectiva «social» («de abajo arriba») que complemente el enfoque institucional y d  mayor presencia a los actores colectivos. Y se echar  tal vez de menos una mayor presencia de las «otras» políticas «retroactivas» —aparte de juicios y comisiones de la verdad— como las medidas de compensación y restitución o las «políticas de memoria» de carácter simbólico. Sin embargo, esas puntualizaciones son hasta cierto punto accesorias. Gracias a este libro, que es mucho más que una obra de síntesis, contamos con una gran cantidad de información sintetizada e interpretada según criterios y categorías que no por plurales y apenas explícitos dejan de estar presentes, como la «racionalidad de los actores pol ti-

cos» y las «funciones políticas objetivas» de las políticas abordadas (pág. 322 y 327).

Comienza Michel Quint *Effroyables jardins*, una exitosa novela surgida de la memoria de las víctimas de la Resistencia y del proceso contra M. Papon, con la contundente frase «sin verdad,  c mo puede haber esperanza?». Y la finaliza afirmando que «en la Historia no existen los paréntesis, porque la humanidad, el bien moral exceden al derecho, a la legalidad». Es evidente que resulta más fácil llegar a tales conclusiones desde el registro literario que desde el académico. Pero en uno y otro caso se trata de cuestiones harto relevantes y demasiado urgentes como para soslayar su estudio riguroso —de ahí el indudable valor del texto aquí reseñado— de cara a una mínima reflexión sobre esa escurridiza encrucijada que llamamos presente y en la que confluyen, aquí con mayor razón, el pasado reciente y el próximo e incierto futuro.

JOSÉ LUIS LEDESMA

Geoffrey Jensen,
*Irrational triumph. Cultural despair, Military Nationalism,
and the Ideological Origins of Franco's Spain,*
University of Nevada Press, Reno & Las Vegas 2001.

Que los militares, individualmente o como institución, han desempeñado un papel de primer orden en la historia contemporánea de España es un lugar

común que ha dado pie a una bibliografía abundante. La manera en que lo aborda Geoffrey Jensen no es la más frecuente. Se propone mostrar cómo los con-

flictos intelectuales y la diversidad ideológica en el seno del cuerpo de oficiales, que acogía en su opinión a algunos de los elementos más progresistas de la sociedad española de finales del siglo XIX y comienzos del XX, con acceso más fácil que muchos civiles a las instituciones y programas promotores de la educación, el avance en el conocimiento científico y el debate intelectual en general, contribuyeron a conformar no ya la cultura militar española, sino el devenir de la historia de España. Se trata, por tanto, de una aproximación desde la historia cultural e ideológica, en un empeño por demostrar su interés y pertinencia para asomarse, por ejemplo, al surgimiento de un nacionalismo español que podía ser débil entre los civiles pero no tanto entre muchos oficiales, y que no era en absoluto cuestión exclusiva de la derecha.

Tras unas rápidas reflexiones sobre el Ejército en el siglo XIX, con especial atención al papel de la prensa militar o de instituciones como el Ateneo Militar en pleno Sexenio revolucionario, el Centro del Ejército y de la Armada fundado en 1881 y sostenedor de una extensa y variada biblioteca, o la Academia General Militar (1882-1893), Jensen parece concluir que en la simbólica fecha de 1898 —o en el cambio de siglo más bien— vinieron a coincidir, por un lado el impacto que en círculos de esa oficialidad, como en otros medios intelectuales, tuvieron las nuevas corrientes que circulaban

por Europa, y que abrieron la espita a las posiciones antirracionalistas, vitalistas, nacionalistas y, en definitiva, antiliberales, y, por otro, el cuestionamiento del «pacto» político que había sostenido la Restauración de la Monarquía y había apartado a los militares de la escena.

No le interesa tanto a Jensen esto segundo como lo primero: la quiebra en la tradición racionalista, científica y liberal —y nacionalista liberal— de la oficialidad y la ruptura, perceptible por ejemplo en las nuevas concepciones de la guerra que también circulaban por Europa, entre científico-técnicos y quienes se acercaban a la cuestión desde sus aspectos espirituales y morales, desacreditando las contribuciones de los ingenieros militares, los oficiales artilleros y los matemáticos. Para ilustrar estas rupturas, el grueso del libro lo dedica a lo que dijeron, más que a lo que hicieron, cuatro destacados militares, muy dispares en sus tomas de posición pero con preocupaciones comunes, como su atención y utilización de la historia de España, por ejemplo, y coincidencias biográficas ya que los cuatro tuvieron que ver con la educación militar y los cuatro pasaron también por el norte de África, por el protectorado

De los cuatro, el que mayor atención recibe es Ricardo Burguete, «el guerrero nietzscheano», al que Jensen dedica tres capítulos. Su calificación de verdadero intelectual, cuya principal obra —*Así hablaba Zorropastro*— se

publicó en 1898 sin que se le haya prestado después mucha atención, permite encuadrarlo en aquella generación y entre quienes, pese a todo, contribuyeron a debilitar la tradición científico-técnica y liberal de la oficialidad. Miembro de la Academia de la Historia, fue muy crítico con las interpretaciones que de la historia de España se respiraban en ella y a las que contraponía acercamientos más próximos a la tradición institucionalista. Fue Gobernador de Madrid, Alto Comisario en Marruecos, Jefe de la Guardia Civil en 1925 y Presidente en 1930 del controvertido Consejo de Guerra que juzgó —y liberó— a los miembros del Comité revolucionario. Republicano y próximo a los socialistas en los años 30, perdió a sus tres hijos durante la guerra civil.

Reconoce Jensen, sin embargo, que en el Ejército tenía mayor peso el tradicionalismo católico, representado en su libro por Antonio García Pérez, un luchador «por Dios y por el Rey», instructor de la Academia de Infantería de Toledo y autor de 75 libros en los que, con un interés esencialmente pedagógico, desplegó una visión de la historia de España que permitiría considerarlo un puente entre Menéndez Pidal y Acción Española, al tiempo que su concepción de la guerra y su relación con la religión le acercaría a Vázquez de Mella y al carlismo. Su lenguaje contribuyó, sin duda, a asentar entre la oficialidad una mentalidad cada vez más antirracional y

antiliberal. Opuesta fue la trayectoria del tercero, Enrique Ruiz Fornells, aunque al igual que los dos anteriores comenzó su carrera en la Academia General Militar. Tutor de Alfonso XIII, comandante de batallón en Marruecos y asesor en los años 30 de Manuel Azaña, fue portavoz del segmento liberal y racionalista de los militares españoles. Compartió con Burguete y García Pérez algunas ideas sobre el carácter nacional y sobre el papel de la violencia y de la guerra en el destino histórico español, pero en las doce ediciones que tuvo su *Educación moral del soldado* se trasluce un interés didáctico por una historia en la que la guerra, aun reconociendo sus cualidades morales, se entiende asociada al progreso, en un lugar secundario frente a la prioridad concedida a la ciencia y a la razón. Una historia en la que los militares y el Ejército se subordinan al poder civil, y su papel es el de hacer respetar los derechos de los ciudadanos. Frente a Burguete por unos motivos, y frente a García Pérez por otros, Ruiz Fornells reivindica la Ilustración y valora muy positivamente el siglo XVIII, un siglo en su opinión de apogeo español y europeo en el que el Ejército pudo ocupar una posición ideal como promotor de avances técnicos y científicos al servicio de la libertad, la democracia y la igualdad.

El cuarto militar en liza es José Millán Astray. La escasa atención despertada por Millán Astray en medios académicos

sorprende a Jensen, dada la importancia e influencia que le atribuye antes de la guerra civil. Profesor de la Academia de Infantería de Toledo y fascinado por la filosofía japonesa, llegó a Melilla en 1912 y unos años más tarde, en 1919, tomando como modelo la Legión Extranjera francesa, presentó un proyecto de Legión española que mediante un despliegue de propaganda vitalista y tradicionalista consideró paradigma de la nación, aunque también contribuyera a ello el proyectarla como fusión de elementos dispares unidos en una maquinaria eficaz, tal como concebía la nación española. La creación de la Legión se aprobó, pero topó con la oposición del general Fernández Silvestre y agitó a la Juntas de Defensa, contrarias a la promoción por méritos de guerra de los *africanistas*. Millán Astray tuvo que dimitir, pero dedicó en adelante su tiempo a la propaganda de su ideal de soldado español, abnegado y dispuesto al sacrificio del todo por la patria. El tono apocalíptico al hablar de la guerra, la aceptación de la brutalidad e inhumanidad en el campo de batalla, la obsesión por la muerte por delante de la preocupación por el enemigo, fueron valores

que impregnaron la enseñanza militar y devinieron paradigma de quienes se sublevaron en julio de 1936, dice Jensen, constituyendo las verdaderas «raíces intelectuales de la Cruzada». Millán Astray dejó de ser Jefe de Propaganda en 1937, pero fue esencial en la promoción de Franco y sus conceptos de guerra, muerte y nacionalismo gozaron de una importante influencia.

De las diversas aproximaciones a la *regeneración* de España que se discutieron en los cuarteles en torno al cambio de siglo, y de las que son buen ejemplo los cuatro militares presentados, concluye Jensen, sólo la del ilustrado y liberal de Ruiz Fornells se quedó sin espacio posible en la España de Franco. Ahora bien, la ideología oficial tuvo finalmente más que ver con el tradicionalismo de García Pérez que con el vitalismo de Burguete o incluso con el antirracionalismo de Millán Astray. No es necesario, afirma Jensen, recurrir a fuentes distintas a las militares para entender y explicar la ideología franquista.

MERCEDES CABRERA